

## **Blasco Ibáñez: del caballero medieval al conquistador de mundos**

Emilio José Sales Dasí  
IES Patraix, Valencia

En las entrevistas concedidas a la prensa, Vicente Blasco Ibáñez solía coincidir en la relación satisfecha de su novelesca existencia. Por lo general, alardeaba de los miles de ejemplares vendidos de cada una de sus obras, de las cantidades ingresadas, así como también hacía mención de las personalidades con las que se había codeado o de las distancias recorridas alrededor del mundo. Pero al mismo tiempo que ostentaba su éxito, ilustrándolo con puntuales ejemplos, miraba hacia atrás con cierta nostalgia para rememorar las veces que pisó la cárcel y fue perseguido por sus ideas políticas. De algún modo, respondía al propósito de destacar cómo había logrado sobreponerse a las circunstancias contra las que había tenido que bregar. En cambio, cuando ese balance retrospectivo tomaba en consideración su evolución literaria, el novelista no demostraba sentir el mismo afecto por sus primeros títulos. De hecho, situaba el auténtico inicio de su trayectoria artística en sus novelas de costumbres contemporáneas, léase valencianas. Dejaba al margen una serie de obras que él mismo etiquetaría como “basura romántica,” como si la calidad de dichas historias viniese a empañar la reputación alcanzada por el artista (Ramos González del Rivero, 82-83).

Más allá de las virtudes o defectos que la crítica pueda reconocer en unos escritos que poseían a veces un perfil folletinesco, a veces un tono decididamente panfletario, en ellos es posible hallar determinadas estrategias, pongamos por caso los elementos melodramáticos, que el autor siguió empleando en sus relatos más celebrados. Asimismo, no resulta baladí la información que pueden transmitir sobre los designios y expectativas mentales de un Blasco Ibáñez que, al emprender la tarea creativa, traspasaba al papel la impronta profunda que, en su ánimo, habían dejado sus lecturas<sup>1</sup>, a la vez que actuaba en muchas ocasiones a remolque de sus convicciones políticas.

Precisamente, las afinidades ideológicas fueron decisivas en la amistad que trabó con Constantí Llombart y, a la postre, le empujaría a lo que Vicent Simbor denominó “efímera militancia renaixencista” (367). En efecto, para el joven que era lector asiduo, que se ausentaba de las aulas para vagar por los caminos de la huerta y detenerse en algunas tabernas donde se empapaba de las historias de tiempos pasados, o que incluso acudía a los casinos de la ciudad y afilaba sus dotes como orador, la sociedad de *Lo Rat Penat* pudo ser entrevista como un cauce perfecto para articular sus intereses artísticos y para promocionarse. De ahí que sus dos primeros cuentos encontraron acomodo en la revista de *Lo Rat Penat. Calendari llemosí corresponent al present any 1883 i 1884*. Se trataba de dos leyendas: “La torre de la Boatella” (1883) y “Fátima” (1884), al estilo del historicismo romántico, que entroncaban con las aspiraciones de la *Societat d'amadors de les glòries valencianes*. Relatos de asunto local y, además, escritos en lengua vernácula.

Por las mismas fechas escribiría en valenciano otros dos relatos de orientación muy dispar. De un lado, en “Lo darrer esforç,” evocaba la participación del Encubierto en la revuelta de las Germanías. Para su argumento contaba con el sostén decisivo del elemento histórico-biográfico, y dicho anclaje se puso de manifiesto en el capítulo

---

<sup>1</sup> Desde niño, Vicente Blasco Ibáñez estuvo en contacto estrecho con los libros: “En su casa había muchos libros, muchísimos; unos, regalados por su pariente Cabrerizo, y otros, adquiridos por don Gaspar [su padre], que fue siempre gran lector” (Gascó Contell, 31). No solo fue un ávido lector, sino que, aparte de su dedicación literaria, también se desempeñó como editor y profesó un aprecio inusitado por el libro como fuente de información, así como objeto de una pasión bibliófila.

inicial, concebido como una especie de marco introductorio para contextualizar el auténtico discurso novelesco: “En lo restant de la llegenda donarem a conèixer amb tots sos pormenors lo pla de l’Encubert que fon lo darrer esforç, l’última tentativa que els agermanats varen fer per la seua causa i la mort d’estè hèroe” (Blasco Ibáñez 1967, 66). Contagiado por la estética romántica, el narrador no solo invadía la esfera del lector para guiarlo, sino que, desde un principio, anulaba la posibilidad de un desenlace sorprendente. Procedía de un modo muy similar a como lo hizo, pocos años después, en su colección *Fantasías. Leyendas y tradiciones* (1887). En el joven novelista prevalecía el empeño de otorgarle a sus relatos de un sabor de época sobre el que se significaría la conducta de los personajes elegidos: “Historias plagadas de terribles venganzas, de increíbles sacrificios con tal de vindicar o reparar una terrible injusticia” (Rubio Cremades, 65). Cuentos por los que desfilaban criaturas empujadas por el amor, por el odio o por el sentido del honor; donde alternaban los lances heroicos con situaciones que sumían a los personajes en una profunda melancolía, y en cuyo fondo estaba presente Valencia, como territorio fronterizo que suscitaba los más diversos conflictos entre cristianos y musulmanes.

Desde la distancia, la incursión primeriza de Blasco Ibáñez en los territorios del pasado igual puede verse como muestra de un romanticismo trasnochado, en tanto que existe una marcada preferencia por la atmósfera y los ingredientes fantásticos (a la postre, consecuencia de su filiación lectora con las obras de Walter Scott, Dumas padre, Manuel Fernández y González o el propio Bécquer), como una vinculación directa con el movimiento *renaixencista* que se complacía en recordar lugares y episodios gloriosos de otros tiempos, cuando una de las puertas de la Valencia árabe se denominaba “de la Boatella,” cuando don Rodrigo Díaz de Vivar y el rey Jaume I embistieron contra los infieles, y siglos más tarde el descontento popular dio pie a las Germanías. Ahora bien, esta era solo una de las opciones que podía manejar el escritor en su periodo de aprendizaje. Todavía en valenciano, escribió también el relato “En la porta del cel.” De él se esfumaron los guerreros medievales y los monjes templarios, para dar curso al ingenio de un fraile campechano, el padre Salvador, en su intento de burlar a San Pedro y llegar al cielo. En lugar de la evocación historicista, una anécdota donde la sátira iba entretrejida con un humor más propio de sainete. Fue su última contribución a la narrativa en lengua vernácula, que por su tono popular le emparentaba con la inclinación del grupo de los seguidores de Llombart al cultivo de un teatro cómico, frente a la preferencia del grupo liderado por Teodoro Llorente hacia una poesía ocasional traspasada por los tópicos.

Aún hoy existe cierta prevención, en algunos sectores nacionalistas, hacia la figura de Blasco Ibáñez por el hecho de no haber seguido cultivando la literatura en valenciano, con lo que podría haber contribuido de algún modo a otorgarle un mayor predicamento. Sin embargo, deberá tenerse en cuenta que su enfoque de la cuestión lingüística estuvo mediatizado por diversos factores. De un lado, el castellano era la lengua que se hablaba en el hogar de unos inmigrantes aragoneses. Por el otro, en una personalidad impelida por el deseo de la fama, la elección idiomática era algo fundamental si de lo que se trataba era de llegar a un gran número de lectores. No extraña, pues, la noticia que recoge Javier Varela sobre la postura del escritor expuesta en la sección literaria del Ateneo Científico de Valencia:

El joven literato defendió entonces una tesis sobre la imposibilidad de una novela escrita en valenciano, por las características sociales y lingüísticas de la región. De las tres clases –señala– en que acostumbra dividirse la sociedad, solo hablan valenciano los comprendidos en la clase popular. Por tanto, de emplearse

esta lengua, por fuerza debería estrecharse y moverse en círculos muy determinados. (104)<sup>2</sup>

Además de comprometer las expectativas de una difusión masiva del texto literario, no hay que olvidar tampoco la peculiar naturaleza de un renacimiento valenciano donde incluso los escritores llámense más progresistas se sentían tan españolistas<sup>3</sup> como aceptaban con total naturalidad la alternancia en el uso del *llemosí* y de la lengua castellana. Y en el caso concreto de Blasco Ibáñez, la percepción del tema lingüístico vino a sintonizar con el peculiar calado de su ideario político, de una posición que evolucionó del federalismo de Pi i Margall a un patriotismo españolista<sup>4</sup>, amplificado en vocación hispanista a medida que fue ensanchando su radio de acción. Buena muestra de lo que decimos es lo que se desprende de la lectura de su trabajo histórico-biográfico *Hugo de Moncada*, con el que obtuvo el premio en los Juegos Florales de Lo Rat Penat en 1888. Dicho escrito se presentaba como un estudio laudatorio, basado en fuentes librescas que Blasco Ibáñez esgrime como fuentes de autoridad, sobre un personaje que despertaba la satisfacción y el orgullo del autor: “La figura de don Hugo de Moncada es tal vez la más eminente que registra la historia al tratar de sus hijos que se distinguieron en la vida de las armas” (1978, 428). Otra vez la devoción por la historia local, aunque en esta ocasión la lengua escogida para probar fortuna en un certamen *renaixencista* ya era el castellano. Asimismo, el encomio de las hazañas del protagonista iba a discurrir paralelo a otros tantos elogios dirigidos a varios episodios destacados de la historia peninsular, a antiguas glorias españolas entre las que se citan la unidad nacional conseguida por los Reyes Católicos, las victorias de los tercios, el papel sobresaliente de los ejércitos españoles en Italia y en los territorios del norte de África, o la epopeya de los conquistadores.

Para quienes lamentan que el sello historicista de la última etapa creativa del novelista parece revelarse como síntoma evidente del declive de su inventiva, habrá que recordarles que Blasco Ibáñez se ejercitó en esta materia en su periodo de aprendizaje y fue en él una predilección permanente, que se hizo notar en determinados momentos en función de las circunstancias con las que hubo que lidiar. Durante la década de 1880, la propensión retrospectiva fue una constante. En especial, 1888 sería un año muy prolífico. Es entonces cuando vio la luz la novela histórica *El conde Garcí-Fernández: finales del siglo X; Castilla; guerreros, santos y juglares; señores y vasallos; y una trama urdida con un estilo al que podría achacársele la falta de fluidez*. Si en ese caso la imaginación se expandía en total libertad a la busca de un argumento, lo más normal es que Blasco Ibáñez acudiese a la pluma guiado por cierto oportunismo. Estando encargado del folletín de *El Correo de Valencia*, la inauguración de un monumento en Sagunto dedicado al héroe valenciano de la Independencia José Romeu le animó a hurgar en la historia. Contaba para ello con unas fuentes bibliográficas muy próximas, cuyo cotejo mencionaría directamente en *¡Por la patria! (Romeu el guerrillero)*: en concreto, los documentos originales sobre el personaje publicados por Teodoro Llorente

<sup>2</sup> Conforme a la realidad diglósica que el propio novelista señalaba, al aplicar las estrategias del realismo en sus novelas valencianas, limitó al máximo el empleo del estilo directo, que le obligaba al uso del valenciano por ser la lengua en que se expresaban, por ejemplo, los huertanos de *La barraca* o los pescadores de *Cañas y barro*, a frases breves de carácter emotivo.

<sup>3</sup> Según Ferran Archilés y Manuel Martí, “tots els renaixentistes valencians eren espanyols i espanyolistes, i no és aquest el fet que els diferenciava entre ells” (62).

<sup>4</sup> Alfons Cucó define esta postura en los términos siguientes: “Espanyolista ací és un qualificatiu que vindria a designar l’acceptació de la continuïtat del status lingüístico-cultural de la Restauració –que implica l’òbvia situació d’opressió de les cultures nacionals no castellanes de l’Estat– i el manteniment de l’estructura política unitarista i centralitzada d’aquest Estat” (62).

en su libro *Valencia* y las informaciones sobre el mismo incorporadas por el historiador saguntino Antonio Chabret i Fraga en *Sagunto: su historia y sus monumentos*, obra premiada en la década de 1870 en los Juegos Florales.

Como se indicaba en el título, el relato era una muestra de reafirmación identitaria, destinada a ensalzar el protagonismo valenciano en una empresa bélica, por excelencia patriótica, contra el invasor francés. Ahora bien, aparte de la admiración que el escritor siempre manifestó por los hombres intrépidos, la recreación literaria de las proezas de Romeu venía a constatar el impacto de unas urgencias muy concretas en el ánimo de Blasco Ibáñez. Dicho de otro modo, por aquellas fechas el cultivo de las letras no era concebido como un ejercicio completamente autónomo, sino que Blasco acudía también a él como fuente de ingresos y, sobre todo, como un medio para adquirir una reputación preeminente que impulsara su carrera política. Valga como prueba el siguiente episodio.

A primeros de julio de 1890, participó activamente en las protestas públicas que tuvieron lugar en su ciudad natal a raíz de la llegada al poder del político conservador Cánovas del Castillo. A consecuencia de ello, se vio obligado a huir a París para esquivar la cárcel. En la capital francesa residiría durante un año hasta que el gobierno decretó una amnistía para los delitos políticos. Poco antes de su regreso, escribía una carta, el 29 de junio de 1891, a su amigo Miguel Senent en la que daba cuenta de sus intenciones futuras:

De política hace ya mucho tiempo que no sé nada. Cuando yo vaya [a Valencia], ya se arreglará todo. Aquí he estudiado y reflexionado mucho, he hecho gran acopio de energía, me he perfeccionado yo solo en la oratoria y he hecho adelantos hasta el punto de que tú mismo no me vas a conocer. Me siento una fiera. Cuando yo llegue a esa, buena le va a caer a toda esa taifa de imbéciles que tú conoces si es que intentan ponérseme delante. (Cf. Tortosa, 112-113)

Blasco Ibáñez se mostraba confiado en sus aptitudes para liderar la batalla política a su retorno a Valencia. Y a este fin supeditaba incluso las hipotéticas virtudes de sus propias creaciones literarias. Para aquel entonces la escritura estaba al servicio de la acción política, como así lo demostraba la petición que, en la citada epístola, le formulaba a su amigo Senent, instándole a que intercediera con sus compañeros para que uno de sus poemas pudiera obtener el premio de la Flor Natural en los próximos Juegos Florales de Valencia:

Ya comprenderás que para mí sería un buen golpecito llegar de la emigración y a los pocos días llevarme el premio de los Juegos Florales. Además, esto daría sabor republicano al certamen poético.

Gracias a la inestimable colaboración de la Biblioteca Valenciana\*, he podido consultar el poema titulado “Avant” con el que Blasco Ibáñez pretendía concurrir al certamen. Los versos en cuestión son una especie de himno triunfal al Progreso. En ellos el vate se desmarcaba del hechizo que en sus propios relatos históricos pareció guiarle hacia los tiempos pretéritos, para ensalzar los avances de la civilización moderna. Quizá a raíz de su estancia en París, la “edat passada” era entrevista desde una perspectiva diferente, según lo atestiguaban “els crims y les vergonyes d’aquells temps de crueldat” o también la aterradora imagen “d’aquells temps d’ignorancia y de tremenda guerra.” El pasado solo merecía ser ensalzado por quienes “adoren les tenebres.” Él, como hijo del siglo XIX, se declaraba adorador de las fiebres “del

---

\* Agradezco, en este sentido, la gentileza de Miguel C. Muñoz Feliu.

inventor que pensa de la ciència á la llum”<sup>5</sup>. Por eso, en su canto a la nueva era concedía una importancia primordial a la escuela, al comercio, al tren, al vapor, al trasatlántico o incluso al submarino.

Su poema era una verdadera declaración de intenciones del que imaginaba darle un indiscutible “sabor republicano al certamen poético.” No obstante, la fortuna de su estro se vio condicionada por unas circunstancias que escapaban a su control. Blasco Ibáñez le había llevado en mano esta poesía autógrafa a Constantí Llobart para que se la corrigiese. Pero cuando su mentor había empezado la revisión, Pi i Margall, que iba a actuar como mantenedor en los Juegos Florales de 1891, delegó este honor, por cuestiones familiares, en el propio Blasco, privándole de la posibilidad de optar a la Flor Natural.

Después del evento poético, Llobart no procedió a rematar la corrección del poema, ni tampoco Blasco Ibáñez demostró estar interesado en difundir sus versos. La explicación más plausible, que para él la literatura había adquirido una dimensión instrumental. La idea de la República era un sueño tan poderoso, que condicionaba la mayor parte de sus actividades. Por afinidades políticas, había hallado en Constantí Llobart a un buen amigo que le incitó a entrar en contacto con la *Renaixença* valenciana. Sin embargo, tras la muerte de su mentor en 1893, su distanciamiento de la tendencia valencianista sería definitivo. Si su fogosidad y su instinto de liderazgo apenas se avenían con la posibilidad de ser uno más en un círculo determinado, tampoco su cosmovisión ideológica encajaba con la deriva que tomó el movimiento bajo el patriarcado de Llorente: “Lo Rat Penat va caure en mans dels patriarques de la ciutat i prengué un caràcter felibre, això és, enyoradís i apolític, immobilista” (Sanchis Guarner, 49).

Aquel que a finales de 1894 fundó el diario republicano *El Pueblo* y se apropió de muchas estrategias del naturalismo francés para escribir *Arroz y tartana*, primera de sus novelas de costumbres contemporáneas, difícilmente podía coincidir, en lo literario y en lo político, con la actitud inmovilista de los escritores *renaixencistas*, por lo general vinculados a la clase dirigente de la ciudad. Dos décadas más tarde, el propio novelista recurriría a su propia experiencia para trazar la figura del abogado don Carmelo Labarta, padrino del protagonista de *Mare Nostrum*. A través de su retrato, de la sutil ironía con que perfila las preferencias artísticas del personaje, se advierte la opinión que terminaron mereciéndole las prácticas de los seguidores de la literatura *llemosina* en Valencia. Según el narrador, Labarta no tenía rival cuando participaba en los Juegos Florales, fuera cual fuese la modalidad por la que concurría: la oda heroica, el romance amoroso, el estudio histórico, la leyenda en prosa o el estudio filológico. Anclado en el ropaje del verso valenciano, nutría su inspiración con temas regionales y con heroicos episodios del pasado, salvo esporádicas escapadas a la Grecia clásica. Durante la festividad de la literatura lemosina, “puesto de frac, con el pecho constelado de condecoraciones y una cigarra de oro en la solapa, distintivo de los felibres de Provenza” (1998, 87), se convertía en personalidad reputada, en ídolo

al que tributaban sus elogios otros poetas, clérigos dados a la rima, encarnadores de imágenes religiosas, tejedores de seda que sentían perturbada la vulgaridad de su existencia por el cosquilleo de la inspiración; toda una cofradía de vates populares, ingenuos y de estro casero, que recordaban a los Maestros Cantores de las viejas ciudades alemanas. (88)

<sup>5</sup> La contraposición entre los tiempos oscuros del pasado y un presente luminoso sería una constante en los artículos periodísticos de Blasco Ibáñez, en *El Pueblo*, donde la defensa entusiasta de la idea de la República iba unida al cuestionamiento de instituciones como monarquía e iglesia, garantes de un orden caduco y anquilosado.

Si Ulises Ferragut imaginaba a su tío aureolado por una “corona de laurel en las sienes,” el narrador enfoca con evidente sarcasmo la incoherencia ideológica del vate:

Labarta, después de transcurridos doscientos años, no había llegado a perdonar a Felipe V, déspota francés que reemplazó a los déspotas austriacos. Él había suprimido los fueros de Valencia. “¡Borbón, maldito seas!...” Pero se lo decía en verso y en lemosín, circunstancias atenuantes que le permitían ser partidario de los sucesores de Felipe el Maldito y haber figurado por unos meses como diputado mudo del gobierno. (88)

Obvia resaltar el desapego que traslucen las palabras del novelista con respecto a los usos de un movimiento que en Valencia no tuvo el arraigo ni la trascendencia de su homónimo catalán. Pero no es menos cierto que Blasco Ibáñez no renunció nunca a su preferencia por lo histórico, afición que no tuvo que brotar necesariamente en él a instancias de sus contactos con la Renaixença, si bien dicha tendencia le permitió vehicularla durante un tiempo. En diversos lugares de su novelística aparecen menciones explícitas a las gestas de Roger de Lauria o de Roger de Flor, por ejemplo. Pero al lado de unas alusiones que delataban la fidelidad del autor a sus orígenes, se fue imponiendo una figura, ya histórica, ya libresca, percibida con singular interés: el caballero andante.

Con frecuencia la referencia a este tipo era empleada como término de comparación, como pincelada descriptiva capaz de destacar la peculiaridad de un personaje. Recuérdese la intención irónica con que el *Pimentó* de *La barraca*, tan haragán como pendenciero, es identificado con un “caballero andante de la huerta” (2011, 34). En cambio, resulta más ajustada la tipificación del bandolero Plumitas, en *Sangre y arena*, como “caballero andante de las estepas andaluzas” (1908, 210), tanto por su nomadismo como por el hecho de que el narrador disculpa su marginalidad acogándose a la supuesta ética que auspicia sus robos:

Sin más auxiliares que su carabina y su jaca andariega, deslizábase como un fantasma por entre los que le iban a los alcances, les hacía frente cuando no eran muchos, tendiendo alguno sin vida, y era reverenciado y ayudado por los pobres del campo, tristes siervos de la enorme propiedad que veían en el bandido un vengador de los hambrientos, un justiciero pronto y cruel, a modo de los antiguos jueces, armados de punta en blanco, de la caballería andante. Exigía dinero a los ricos, y con gesto de actor que se ve contemplado por inmenso público, socorría de vez en cuando a una pobre vieja, a un jornalero cargado de familia. (167)

El altruismo y la capacidad de sacrificio se le antojaban a Blasco Ibáñez rasgos característicos del caballero andante<sup>6</sup>. De ahí que, en *Mare Nostrum*, la decisión de un joven catalán de aventurarse en la Primera Guerra Mundial a favor del bando aliado permita equipararlo con el arquetipo medieval:

Blanes explicó como un caballero andante el motivo que le había llevado a la guerra. Deseaba batirse por la libertad de todos los pueblos oprimidos, por la resurrección de todas las nacionalidades olvidadas: polacos, checos, rutenos,

---

<sup>6</sup> De acuerdo con la imagen ritualizada por la tradición literaria, la misión fundamental de los caballeros era la protección de los débiles y desvalidos. Así puede leerse en *Los argonautas*: “Con la magnanimidad de un caballero andante protector de la viuda y el huérfano, tomaba bajo el amparo de su brazo a esta mujer llorosa y sus pequeños aulladores” (1925; II, 310).

yugo-eslavos... Y sencillamente, como si dijese algo indiscutible, incluyó a Cataluña entre los pueblos que lloraban lágrimas de sangre bajo los latigazos de la tiranía. (379)

Pero las idílicas pinceladas con que se rememoraban las andanzas de los caballeros no impedían al novelista distinguir la distancia existente entre la cruda realidad de lejanas épocas y la mitificación estilizada del guerrero. En *El Papa del Mar*, el Sumo Pontífice:

estaba seguro de reunir toda una flota de galeras y galeotas, como en otros tiempos, pidiendo apoyo a los mareantes de Barcelona, Valencia y Mallorca, agrandando su marina pontificia con los caballeros errantes del Mediterráneo, que vivían de piratería y otras malas artes, como los paladines terrestres disimulaban atropellos y robos con su heroísmo. (1925, 284)

Ciertamente, el sueño del heroísmo, afianzado por la cultura difundida desde los estamentos superiores, disfrizó la crueldad de unos nobles belicosos. No obstante, en la Edad Media, también pudo generalizarse un espíritu que incitaba a recorrer grandes distancias para colmar los sentimientos amorosos. En la misma novela, la alusión a Petrarca sugiere el siguiente símil:

Su alma era semejante a la de los paladines de los relatos heroicos que corrían el mundo rompiendo lanzas por su dama y sólo obtenían de ella un guante o una cinta. Vivió en el período del amor idealista y desinteresado. (89)

Así pues, el amor y la aspiración a la fama convergieron como poderosos acicates que invitaban a los ociosos caballeros a acometer empresas inconmensurables, exponiendo, según se dice en *A los pies de Venus*, “la vida tranquilamente [...], yendo de torneo en torneo ciertos caballeros andantes del reino de Aragón que ostentaban ante su nombre el título de *Mosén*” (1926, 331).

En la consolidación y difusión de este modelo paradigmático, donde casi se difuminan los límites entre lo real y lo imaginario, subrayó Blasco Ibáñez el papel que tuvieron los libros de caballerías. Directa o indirectamente, él debió conocer los argumentos de estas largas narraciones<sup>7</sup>, y no solo trató de identificar a sus lectores sino que se hizo eco de su dispar influjo. Ya en el cuento “La predicción,” incluido en su libro juvenil *Fantasías. Leyendas y tradiciones*, el narrador nos sitúa en pleno medievo entre los muros de la fortaleza de don Suero de Altamonte. Allí dentro, el castellano explicita el aprecio que siente por uno de sus pajes, “empleándole en cosas tan íntimamente ligadas a su persona, como en entretenerle leyendo los sorprendentes libros de caballería, de los cuales había bastantes ejemplares en el castillo” (1978, 75).

Pero tales ficciones no solo eran fuente de regocijo en las salas de los pétreos recintos señoriales. A lo largo del siglo XVI, el desarrollo de la imprenta manual contribuyó tanto a la popularidad del género de los libros de caballerías como pudo hacerlo la lectura en voz alta de unas obras a cuyo contenido podía acceder de este modo una población predominantemente analfabeta, para la que lo afirmado a través de

<sup>7</sup> Para la redacción de *La reina Calafia* no solo se inspiró en las *Sergas de Esplandián*, sino que, como intenté demostrar en otro lugar (2007, 142-145), llegaba a parafrasear aquel episodio del quinto libro del *Amadís de Gaula* donde Garci Rodríguez de Montalvo incorporaba a las amazonas de la ínsula California. Por otro lado, la familiaridad de Blasco Ibáñez con la materia caballeresca pudo verse apuntalada por la consulta y estudio de algún manual de su época que incidiese en el influjo de los libros de caballerías en la mentalidad del conquistador español.

la palabra escrita merecía un crédito indiscutible<sup>8</sup>. Pero su impronta también quedaría grabada en individuos capaces de adentrarse en la lectura individual de cualquier texto. Cuando Blasco Ibáñez arremetió contra los jesuitas en *La araña negra*, se acordó de que también san Ignacio de Loyola, el fundador de la compañía, se había nutrido en dicha literatura antes de promover la santa “milicia de Jesús” y de protagonizar ciertas “locuras de caballero andante” (2007, 801).

Y es que las maravillas relatadas en los libros de caballerías, la imaginación desaforada que muchos autores vertieron en sus folios, podían tener efectos perniciosos. Sobre este particular Blasco Ibáñez tenía el ejemplo más ilustrativo en las páginas del *Quijote*, quizá el libro que según propia confesión tenía en mayor estima. A partir de la minuciosa revisión del género caballeresco realizada por Cervantes, de las prodigiosas fantasías que tanto encandilaron al manchego hidalgo<sup>9</sup>, Blasco llegó a insuflarle a la geografía real que recorrió como viajero, en *La vuelta al mundo de un novelista*, un cuño novelesco inconfundible. Recuérdese cómo aproximaba a sus lectores a un exótico escenario asiático:

Ceilán es la famosa isla o ínsula de Taprobana que figura en los libros de caballerías, tierra de inauditos tesoros guardados por enanos feroces, tropas de monos y desaforados gigantes. Don Quijote, en la biblioteca de su caserón manchego, soñó muchas veces con la conquista de uno de los reinos de la lejanísima Taprobana, donde abundaban perlas y diamantes, como si fuesen guijarros. (1929; III, 40)

En la mayoría de los libros de caballerías apenas se respetaba la verosimilitud. De hacerla tambalear se ocupaban esos fabulosos encantadores capaces de manejar la realidad a su antojo. En *Mare Nostrum*, el novelista también recurrió a tales personajes para describir los asombrosos movimientos de los moradores del acuario de Nápoles: “Las sepias y calamares, al verse perseguidos, se hacían invisibles dentro de una nube, lo mismo que los encantadores de los libros de caballerías, enturbiando el agua con la tinta almacenada en sus glándulas” (215); o incluso para tratar de visualizar la reacción experimentada por el protagonista ante la cercanía de la atractiva espía germana Freya:

Se sintió atraído por una nueva fuerza, el interés redoblado que inspiran las personas vistas en sueños. Fuese realmente la emperatriz resucitada bajo una nueva forma, como en los libros de caballerías, o fuese simplemente la viuda errante de un sabio, para el marino era lo mismo. (248)

<sup>8</sup> Blasco Ibáñez aludió a esta forma de difusión del texto literario en las páginas de *En busca del Gran Kan*, cuyo protagonista, Fernando Cuevas, pudo conocer las singulares aventuras del caballero Amadís asistiendo a una lectura colectiva de la obra homónima: “El sacristán de una iglesia inmediata, hombre de ciertas letras, que sabía leer con la misma entonación majestuosa de un clérigo que dice su misa, obsequiaba algunas veces a la reunión trayendo una historia manuscrita: las aventuras del señor Amadís de Gaula y otros caballeros, que conquistaban ínsulas, ponían en libertad a princesas encantadas y combatían con gigantes, dragones y otros seres infernales, poseedores del diabólico poder. Los golpes de espada y lanza se repetían a cada página, echando abajo escuadrones enteros, y el hijo de Pedro Cuevas escuchaba tales maravillas con los ojos muy abiertos” (1929, 13-14).

<sup>9</sup> La mención de personajes y situaciones procedentes del *Quijote* figuró por igual en diversas novelas y en otras tantas conferencias del escritor. Por ejemplo, en *La maja desnuda*, se lee que “En Carnaval, al organizar los españoles una cabalgata del *Quijote*, se encargó de representar al caballero Pentapalín, «el del arremangado brazo», y en el Corso hubo aplausos y gritos de admiración para el enorme y duro bíceps que mostraba el andante paladín erguido sobre su caballo” (1998a, 209). Para un inventario más detallado de las referencias blasquistas al texto cervantino, remito a lo dicho en el estudio introductorio a mi edición del guion cinematográfico del *Quijote* (2015) que, desafortunadamente, el novelista no logró que llegara a rodarse.



Desde luego, el vuelo libre de la imaginación podía comportar ese engaño a los ojos del que alertaba Cervantes. Podía desembocar en una peligrosa confusión para aquellos lectores incapaces de discernir lo que en aquellas historias era pura invención. No obstante, Blasco Ibáñez dignificó los libros de caballerías por la repercusión que tuvieron en su época, en tanto que sirvieron de acicate y estímulo para la aventura de los conquistadores peninsulares en el Nuevo Mundo. Operaron lo que el autor denomina una impresionante “sugestión imaginativa,” hasta el extremo de que, conforme destaca en *Los argonautas*,

—Tal era la influencia del libro de caballerías—continuó Ojeda—, que el emperador Carlos V dio un decreto prohibiendo la importación y lectura de tales obras en las Indias. Los aventureros de espíritu caballeresco, afligidos por los abusos de los gobernadores, ejercían la justicia por su mano, lo mismo que el hidalgo manchego. Tomando ejemplos en los libros, formábanse en las nacientes ciudades de las Indias corporaciones caballerescas, cuyos individuos, con el título de “conjurados,” se comprometían a defender con la espada los derechos de la viuda y el huérfano y a combatir las injusticias del poderoso. (II, 78)

Indudablemente, Blasco Ibáñez estaba fascinado por el fenómeno de la mimesis al que condujo la lectura de los libros de caballerías<sup>10</sup>, a ese querer encontrar en una geografía desconocida por el hombre occidental las maravillas contenidas en los textos caballerescos. Por tanto, porque consideraba al “*Amadís de Gaula* y todas sus innumerables imitaciones” como “la Biblia de todos los conquistadores y navegantes, que en menos de un siglo descubrieron y colonizaron casi todo el continente de las dos Américas” (1966, 383), reprodujo en diversos lugares, con ligeras variantes, la idea de que esa literatura fue la principal fuente de inspiración de los conquistadores peninsulares. Así lo explicó en *Los argonautas*:

Duros hidalgos que jamás habían visto el mar lanzábanse en el ignoto Océano con una confianza asombrosa. Tomaban el mando de la carabela o de la nao, sin otro auxilio y consejo que el de algunos navegantes costeros, con la misma tranquilidad que los paladines tantas veces admirados en los libros de caballerías se metían en el primer barco misterioso que encontraban en una costa desierta. (II, 28)

Y volvió a insistir, en *El caballero de la Virgen*, en un argumento que amenazaba con transformarse en un tópico:

Caballeros que no habían trabajado nunca e iban vestidos con lujosos trajes tenían que suplir a los menestrales y agricultores enfermos. Muchos de ellos no buscaban riquezas. Habían hecho el viaje a las tierras del Gran Kan para realizar hazañas en países orientales, como los paladines de las novelas caballerescas... (1929, 42)

Quizá el parangón establecido, la importancia concedida a la mimesis, podía resultar excesivo. Acaso al erigir a los libros de caballerías en guía y manual donde empaparse

<sup>10</sup> En la obra enciclopédica *Argentina y sus grandezas*, el novelista ponía el acento en la envidia y el afán de emulación que la literatura caballeresca provocó en la mente de aquellos que “al enterarse de que «el caballero de la Ardiente Espada», con sólo un revés de su acero partía por el talle á cien gigantes desaforados y fanfarrones, ó ponía en fuga con los botes de su lanza á un inmenso ejército de mandrines y salvajes, para libertar á varias princesas cautivas, ó hacía pedazos un espantable dragón, que guardaba bajo su panza espantables tesoros” (1910, 173).

del esfuerzo heroico, el escritor estaba excediéndose en su interpretación de la historia. En todo caso, el enfoque idealista podía disculparse al ser un claro remedo de la novelesca personalidad de Blasco Ibáñez. Pese al paso del tiempo, en su ánimo se mantuvo viva su filiación juvenil con el romanticismo. Y ese peso le confirió a su carácter un innegable parentesco con el tipo del conquistador. Eduardo Zamacois ya apuntaba a dicha similitud:

Al par que un verdadero artista es un luchador, una voluntad, un temperamento de acción, que no sabe permanecer cruzado de brazos ante la universal pelea. De aquí la importancia capitalísima, absorbente, que en sus libros tienen los “conquistadores.” Citar sus novelas equivale a contar los tipos de esa raza perseverante y esforzada a que el autor sirve de tronco. (94-95)

Compartió, además, con los caballeros literarios y los conquistadores y colonizadores del Nuevo Mundo el convencimiento de que en la existencia “todo era posible.” Y como concreción de su fe, no temió desafiar cualquier reto. Si su relación con la Renaiença fue cuestión esporádica, es porque su mirada quedaba fijada con frecuencia en las más remotas distancias. Así se embarcó, en 1909, hacia Argentina para impartir numerosas conferencias. En ellas no prescindía de su valencianía, pero, sobre todo, encaraba la historia con una perspectiva españolista. La directriz que guiaba sus charlas coincidía en gran manera con las tesis defendidas por su antiguo compañero de estudios Rafael Altamira, sintetizadas en el título de uno de sus libros: *España en América*. Frente a todos aquellos que ofrecían una visión peyorativa de España, aduciendo que una nación decadente no podía haber aportado grandes cosas a la civilización, Blasco Ibáñez destacó una y otra vez ante auditorios distintos el loable papel desempeñado durante siglos por el país del que él se autoproclamaba embajador.

Un año después, en 1910, regresaría a Argentina para convertirse en colono en dos vastas extensiones que bautizó como Cervantes y Nueva Valencia. En el fondo, entre las motivaciones de este segundo viaje se entrecruzaban designios muy pragmáticos con otros que pertenecían al ámbito más privado del novelista. De algún modo, depositó sus propias expectativas en la peripecia del protagonista de *Los argonautas*. Donde este “iba a ser como los paladines de los viejos romances, que salían a correr luengas tierras para hacer presentes a su dama” (I, 55), Blasco Ibáñez suponía que su nueva ocupación como colono agrícola le reportaría rápidos y succulentos beneficios para poder sufragar el tren de vida que le exigía su vinculación sentimental con la dama chilena Elena Ortúzar. Tremendamente cauto para determinados asuntos, en cambio, utilizó una retórica que empieza a sernos familiar al dirigirle una carta (22-X-1911) al capitán del buque transoceánico *Barcelona*, en el que iba a viajar uno de sus hijos para enrolarse en la aventura argentina. Ajustándose a un ilusionado patrón mítico, el novelista se declaraba moderno conquistador y fundador de pueblos. En franca rivalidad con los legendarios caballeros andantes, estaba convencido de que la empresa que tenía por delante le exigiría un denodado sacrificio que él asumía gustosamente porque, en última instancia, su “principal objeto es resucitar y mantener la lejitima (sic) influencia del alma español (sic) en este progresivo país, tan solicitado por los extranjeros (sic)” (cf. Herráez, 66).

Cuando el proyecto que había emprendido con tanto entusiasmo tuvo unas consecuencias fatales para la economía del escritor, después de haber estado alejado de la pluma aproximadamente unos cuatro años, se replanteó la vuelta a la creación literaria como tabla salvadora. Todavía instalado en Argentina, le dirigió una epístola a su yerno Fernando Llorca (30-VII-1913), en la que, a la vez que intentaba disimular su

fracaso, informaba sobre sus planes inmediatos, los que le permitirían alcanzar la inmortalidad artística:

Tengo como veinte novelas en la cabeza [...] *Los Argonautas* es la novela prólogo [...] [de] una colección que algún día, así como la obra de Balzac se llama *La Comedia Humana* y la de Zola *Los Rougon Macquart*, podrá llamarse *La Novela de la Raza* o algo así. (Cf. Blasco-Ibáñez Blasco de Llorca, en prensa).

Caprichos del destino, de esta serie novelesca solo daría enseguida a las prensas *Los argonautas*. Los otros relatos del magno conjunto deberían esperar, pues el estallido de la Guerra Europea de 1914 provocó un cambio radical en el programa establecido. No obstante, fue la gran conflagración la que catapultó a la fama mundial a Blasco Ibáñez tras la traducción al inglés de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Las circunstancias determinaron que la saga de “novelas de la raza” empezara a cobrar forma en los últimos años de vida del novelista. De acuerdo con los planteamientos iniciales, el hechizo que ejerció sobre él la geografía americana en su diversidad se plasmaría en una sucesión de relatos con los que pretendía abarcar ese espacio enorme que se extendía “desde Tejas al Cabo de Hornos.” La retrospección cronológica sería el segundo eje vertebrador del ciclo, ocupando un lugar primordial las andanzas en aquel continente de figuras, pongamos por caso, como Pizarro, Núñez de Balboa o Hernán Cortés (Codina Bas, 98-100). Sobre estos pilares se levantaría el edificio de sus novelas evocativas, de títulos que consiguió rematar (*En busca del Gran Kan*, *El caballero de la Virgen*) y de otros que jamás trascendieron a la virtualidad del propósito o la idea germinal. Con tales historias iba a cumplir con una finalidad reivindicativa que se había impuesto, al menos públicamente en las entrevistas concedidas a la prensa, como auténtica cruzada, para dar “conocer ante los públicos de todo el mundo las más altas glorias de España” (cf. Moreno Padilla, 9).

Definitivamente, el rumbo que tomó la narrativa blasquiana era la expresión de un proyecto integrador y globalizador, alejado del interés nacionalista por los particularismos. En clara sintonía con su predisposición a ensanchar sus horizontes vitales, Blasco simpatizó durante un breve tiempo con la *Renaixença* valenciana. Pero muy pronto amplió su enfoque. En especial, se declaró españolista, aunque abogó también por los valores de la latinidad mediterránea cuando a raíz de la Primera Guerra Mundial se convirtió en acérrimo hostigador del militarismo germano. Ya en su primer viaje a Argentina defendió la idea de una comunidad cultural, catalogada en términos de utopía por algunos estudiosos (Scarano, 71), que hermanaría mediante el vínculo de un mismo idioma a americanos y españoles. El mismo propósito siguió vigente durante años, y cuando se implantó la dictadura de Primo de Rivera, Blasco Ibáñez reprodujo su quimera hispanista soñando con una gran república cultural cuyo presidente honorífico sería Miguel de Cervantes. De esta superficie abstracta sobresalía la admiración hacia los descubridores y conquistadores peninsulares como responsables del nacimiento de una patria común<sup>11</sup>. Y en causal ilación, el homenaje a aquellas figuras históricas que cruzaron el Atlántico como si emprendiesen una aventura caballeresca, propició las frecuentes digresiones sobre los libros de caballerías. No era un ejercicio de anecdótica

<sup>11</sup> A diferencia de la actitud contemplativa de los hombres del 98, empeñados en la búsqueda intrahistórica, Blasco Ibáñez prefirió rehuir de las reflexiones en abstracto y prefirió enfatizar la valía de los peninsulares, a la vez que se rebelaba “contra las falsas leyendas que se han forjado sobre su país y proclamando, sin ataduras, su admiración por figuras cuya excepcionalidad y vigoroso arrojo llegan a disculpar incluso las posibles atrocidades cometidas en su día por ellos mismos” (Sales Dasí 2009, 27).

arqueología. Si en sus relatos de juventud los guerreros medievales y las disputas de cristianos y árabes frente a las murallas de Valencia posibilitaron la identificación y el arraigo local, más adelante el aprecio por los caballeros andantes y los conquistadores refrendaba las credenciales de un escritor que siempre se consideró un hombre de acción y constantemente se sintió fascinado por el reto de traspasar los límites, hasta el punto de que afirmaba su personalidad en el espejo de los antiguos paladines.

**Obras citadas**

- Archilés, F. & M. Martí. “Renaixença i identitats nacionals al País Valencià.” En M. Nicolás ed. *Bernat i Baldoví i el seu temps*. València: Universitat de València, 2002. 51-72.
- Blasco Ibáñez, V. *A los pies de Venus (los Borgia)*. Valencia: Prometeo, 1926.
- . *Argentina y sus grandezas*. Valencia: Prometeo, 1910.
- . “Avant” (Poema autógrafo). Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu. Arxiu Francesc Almela i Vives. (Sin catalogar)
- . *El caballero de la Virgen (Alonso Ojeda)*. Valencia: Prometeo, 1929.
- . *El Papa del mar*. Valencia: Prometeo, 1925.
- . *En busca del Gran Kan*. Valencia: Prometeo, 1929.
- . *Fantasías. Leyendas y tradiciones*. En V. Blasco Ibáñez. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1978. Vol. IV. [1a ed. 1887]
- . *Hugo de Moncada*. En V. Blasco Ibáñez. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1978. Vol. IV.
- . C. Alonso ed. *La araña negra*. Sevilla: Renacimiento, 2007.
- . E. Sales ed. *La barraca*. Barcelona: Vicens Vives, 2011.
- . F. Tomás ed. *La maja desnuda*. Madrid: Cátedra, 1998a.
- . “La primera de las novelas” (Discurso ofrecido en la Universidad George Washington, febrero 1920). En E. Gascó Contell ed. *Discursos literarios*. Valencia: Prometeo, 1966. 377-388.
- . *La vuelta al mundo de un novelista*. Valencia: Biblioteca El Pueblo, 1929 [1a ed. 1924-1925]. 3 vols.
- . *Los argonautas*. Valencia: Prometeo, 1925 [1a ed. 1914]. 2 vols.
- . M<sup>a</sup> J. Navarro ed. *Mare Nostrum*. Madrid: Cátedra, 1998b.
- . A. Cucó ed. *Narracions valencianes*. València: Lavínia, 1967.
- . *Sangre y arena*. Valencia: F. Sempere y Cía, Editores, 1908.
- Blasco-Ibáñez Blasco de Llorca, L. *Vicente Blasco Ibáñez: su vida y su tiempo*. València: Ajuntament, en prensa.
- Codina Bas, J. B. “Los viajes de Blasco Ibáñez: causas y consecuencias.” En J. Oleza & J. Lluch eds. *Vicente Blasco Ibáñez: 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista (Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1988)*. València: Biblioteca Valenciana, 2000. Vol. I, 92-106.
- Cucó, A. *Sobre la ideología blasquista. Un assaig d’aproximació*. València: Tres i Quatre, 1979.
- Gascó Contell, E. *Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez: agitador, aventurero y novelista*. Alzira: Murta, 1996.
- Herráez, M., ed. *Epistolario de Vicente Blasco Ibáñez-Francisco Sempere (1901-1917)*. València: Generalitat/Consell Valencià de Cultura, 1999.
- Moreno Padilla, J. “Blasco Ibáñez y el oficio de escritor: una carta inédita de 1926.” *Hesperia. Anuario de filología hispánica* XIV, 2 (2011): 5-22.
- Ramos González del Rivero, R. “Vicente Blasco Ibáñez, *alter ego* del joven que escribía basura romántica. Mirada panorámica a los primeros años de su carrera literaria (1883 a 1894).” *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez* 2 (2013): 71-83.
- Rubio Cremades, E. “Los inicios literarios de Vicente Blasco Ibáñez: *Fantasías. Leyendas y tradiciones*.” *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez* 2 (2013): 57-69.
- Sales Dasí, E. J. *Dels llibres de cavalleries a Blasco Ibáñez: la literatura cavalleresca a València*. València: Institució Alfons el Magnànim, 2007.

- . *Bajo el encanto de lo novelesco: Blasco Ibáñez, ochenta años después*. València: Generalitat Valenciana/Biblioteca Valenciana, 2009.
- , ed. Vicente Blasco Ibáñez, *Don Quijote (Guion cinematográfico)*. Madrid: Biblioteca Nueva/Ajuntament de València, 2015.
- Scarano, M. E. “Desde la otra orilla del Atlántico: utopía y ficción en Vicente Blasco Ibáñez.” En J. Oleza & J. Lluch eds. *Vicente Blasco Ibáñez: 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista (Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1988)*. València: Biblioteca Valenciana, 2000. Vol. I, 67-91.
- Sanchis Guarner, M. *La Renaixença al País Valencià*. Barcelona: Ed. 62, 1968.
- Simbor, V. “La Renaixença i la normalització literaria.” En F. Carbó, R. X. Roselló & J. Ll. Sirera eds. *Escalante i el teatre del segle XIX (Precedents i pervivència)*. València/Barcelona: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1997. 347-373.
- Tortosa, P. *La mejor novela de V. Blasco Ibáñez: su vida*. Valencia: Prometeo, 1977.
- Varela, J. *El último conquistador: Blasco Ibáñez (1867-1928)*. Madrid: Tecnos, 2015.
- Zamacois, E. *Vicente Blasco Ibáñez*. Madrid: La Novela Mundial, 1928.